

EL CÍRCULO DE VARSOVIA

Índice

PARTE I	Pág. 7
PARTE II	Pág. 39
PARTE III	Pág. 67
PARTE IV	Pág. 89
PARTE V	Pág. 121
EPÍLOGO	Pág. 143

PARTE I

CAPÍTULO 1

Viktor observó con impaciencia el reloj, que aún no marcaba la hora de salida. Aunque cada jornada en la fábrica se le hacía interminable, su impaciencia era motivada por dos importantes aniversarios que se conmemoraban ese día: el de su pequeña Elsa, y el del exilio al que se había visto forzada su familia.

Aunque hábil para realizar la tarea que le era encomendada en la línea de producción, el automatismo al que lo sometía se oponía diametralmente a los desafíos que le había representado ser uno de los doctores más destacados de su generación.

El silbato marcó el fin de la jornada laboral. Viktor recogió sus herramientas, las depositó en el casillero, y pasó llave. Debía cubrir en tiempo récord las labores que le habían sido encomendadas: levantar de la panadería el pastel de Elsa, y conseguir el regalo.

De camino a la tienda, se detuvo a comprar el periódico. Entregó el dinero al joven vendedor, y contempló la portada. El titular central rezaba: "EL EJÉRCITO ALEMÁN BOMBARDEA POLONIA".

Inmediatamente, su mente lo hostigó con recuerdos de su llegada a Varsovia, debiendo abandonar Leipzig acarreado las contadas posesiones que pudieron llevar consigo. Con el apoyo incondicional de su comunidad, sin embargo, habían conseguido establecerse rápidamente. Los lujos, lejos estaban de igualar los de su ciudad natal. La dimensión del apartamento apenas representaba la cuarta parte de su anterior hogar.

En tanto, la retribución que percibía manufacturando calzado apenas cubría los gastos esenciales. Sin embargo, la contención de su esposa Frida había sido un pilar fundamental en la unión familiar, buscando siempre el lado positivo de las pequeñas cosas.

Viktor colocó el diario bajo su brazo, y continuó viaje. Pocas cuadras después, entró a la pastelería. “- Buenas tardes, vengo a levantar un pastel para mi hija”.

“- Sí, señor. Enseguida se lo alcanzo. ¿Desea algo más?”, preguntó el tendero.

“- No, con eso será suficiente”. Las finanzas familiares restringían el menú del festejo a la torta dulce.

El comerciante notó el diario que llevaba Viktor, y se atrevió a salir de la plática mercantil que habían entablado. “- No comprendo qué se proponen. Primero Austria; ahora nosotros. ¡Alguien debe detenerlos!”, afirmó.

Viktor se limitó a asentir. Extrajo los eslotis de su bolsillo, y los apoyó sobre el mostrador.

El vendedor los tomó, y entregó el cambio. “- Espero no terminemos usando marcos imperiales”, rezó.

Viktor recogió primero el cambio, luego el pastel, y se despidió del tendero. La tienda de regalos lo esperaba en la siguiente cuadra.
